

LA MANIPULACION POR LAS ENCUESTAS

Un poco, en algún grado, estos resultados que hoy arrojen las urnas, se los vamos a deber —también— a unas fórmulas «made in USA» que se llaman sondeos electorales, o encuestas de opinión. En las últimas semanas, y con mayor abundancia en los últimos días, las encuestas han sido casi tan abundantes como las promesas, como los «slogans», como mítines. Y han tenido que colaborar, necesariamente, a la creación del ambiente en el mismo grado que los anteriores fenómenos y elementos electorales.

Desde estas páginas se puso en alerta, antes de que la campaña electoral diese comienzo, sobre la posibilidad de manipulación que ofrecían las encuestas de opinión, y se advirtió del hecho de no haberse considerado este recurso en las normas electorales. Recuérdesse que este punto concreto figuraba entre los que la Comisión técnica electoral de la oposición hizo llegar a la Presidencia del Gobierno, en orden a tener en cuenta para preparar las mencionadas normas electorales. Pero no fue tenido en cuenta, y se dejó plena libertad a hacer uso de estos porcentajes estimativos de la tendencia al voto. En un comentario más reciente se señalaba también en estas páginas, la manipulación descarada que se advertía en la publicación de algunas de tales encuestas. Es sabido que casi todas las opciones electorales se han hecho elaborar —para su propio conocimiento y efectos, para enfocar de una u otra forma su campaña— encuestas electorales. Y es sabido que estas opciones electorales únicamente han dado a conocer aquellas encuestas que pudieran beneficiarles o que resultaban claramente contrarias a las opciones rivales. La utilización del sondeo como arma salta, por tanto, a la vista.

En los últimos días, a las mesas de las redacciones periodísticas, las encuestas ya han llegado de dos en dos. Los expertos en esta asignatura se han visto invitados, una y otra

vez, a referirse al fenómeno, a su uso y abuso, registrándose una notable unanimidad en señalar que es muy amplia la capacidad de error que contienen las encuestas nacionales. El profesor Linz señalaba recientemente que una encuesta comienza a poder manipularse desde el momento en que el encuestador llega a uno de los domicilios elegidos —por cintíficamente que esté elegido ese domicilio y su inquilino, y por adiestrado que esté ese encuestador—. Manipula el tono de voz de quien pregunta, y la simpatía que ese tono de voz demuestra ante cada uno de los «items» que plantea al entrevistado...

Pero la manipulación llega a extremos incalculables —pero enormemente más elevados que esos «más-menos uno» que se invocan— cuando se trata de un país escasamente culturizado en materia política; cuando se trata de un país que no cuenta con antecedentes en materia de encuestas; cuando se trata de un país que lleva cuarenta años sin acudir a unas urnas; cuando llegan a alcanzarse índices superiores al cincuenta por ciento de indecisos incluso hasta tres semanas antes de la fecha electoral...

En suma: desde aquí vuelve a alzarse una voz en favor de que se reconsidere la posibilidad de controlar un poco más esta fórmula electoral que es el sondeo. El reciente ejemplo de Francia, donde el Gobierno acaba de enviar al Parlamento un proyecto por el que se prohibiría la publicación de encuestas en los siete últimos días de la campaña electoral, pudiera ser un dato a tener en cuenta. Con muchas probabilidades, van a estar en las próximas nuevas Cortes varios de los técnicos de la oposición que abogaron por esta forma de control democrático de las elecciones. Es ocasión propicia para que no olviden la lección de estas primeras elecciones.

LAWRENCE